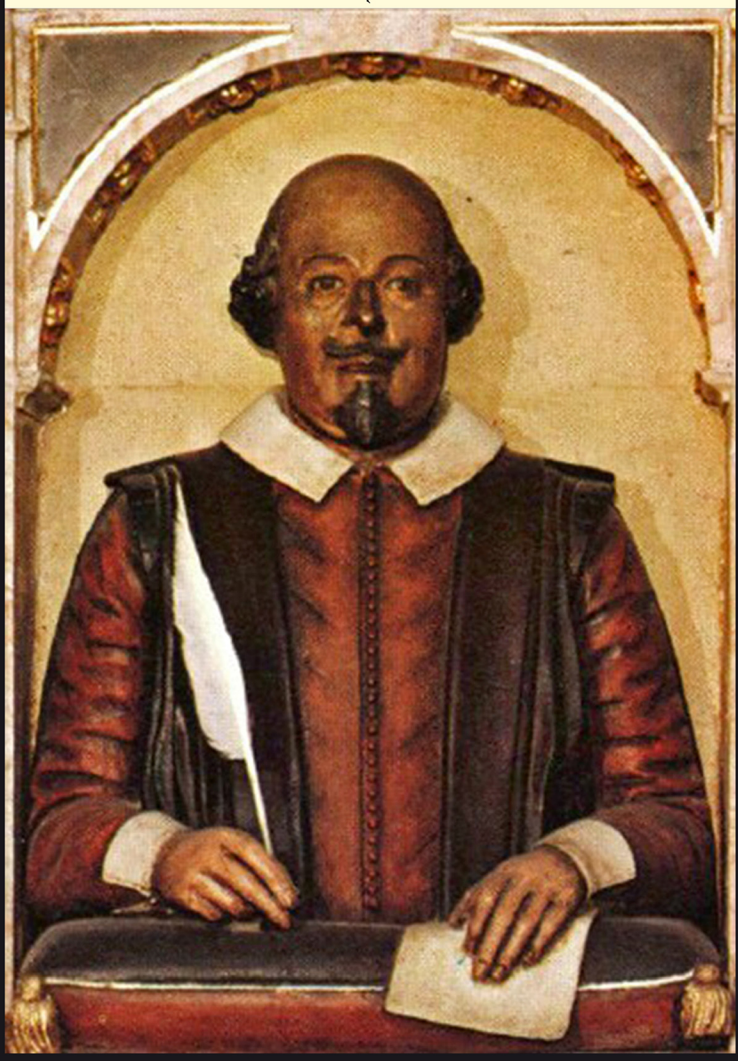
WILKIE COLLINS

La máscara robada

GRANDES CLÁSICOS FUNAMBULISTA



La máscara robada

Grandes Clásicos

Wilkie Collins

La máscara robada

Traducción
de Ruth María Rodríguez López
y Gian Luca Luisi

Primera edición: noviembre de 2014

Título original: *Mr. Wray's Cash Box, or The Mask and the Mystery - A Christmas Sketch* (1851)

© de la traducción, de la revisión y de la presente edición:
Editorial Funambulista, 2014
c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

IBIC: FC

ISBN: 978-84-943026-5-7
Depósito Legal: M-32697-2014

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Busto de William Shakespeare en la iglesia de Stratford-upon-Avon*

Impresión y producción gráfica: Artes Gráficas Cofás

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

La máscara robada

Introducción

Puede ocurrir que algunos lectores de esta historia tengan en su poder una «máscara» —o una cabeza— de escayola del rostro de Shakespeare, una de las reproducciones en vaciado del famoso busto de Stratford que se pusieron a la venta hace algún tiempo. Las circunstancias bajo las cuales se obtuvo el molde original se las oí relatar, una vez, a un amigo de quien guardo un cariñoso recuerdo y con quien estoy en deuda por el ejemplar que poseo hoy en día.

Hace algunos años, se contrató a un cantero para efectuar unos arreglos en la iglesia de Stratford-upon-Avon. Mientras se ocupaba de estas reparaciones, el cantero se las arregló —sin levantar sospechas, pensaba él— para fabricar un molde del busto de Shakespeare. Sin embargo, se descubrió lo que había hecho e, inmediatamente, las autoridades, encargadas de la custodia del busto original, lo amenazaron

con penas y sanciones legales muy severas, aunque no especificaron de qué delito se le acusaba. El pobre hombre estaba tan asustado por las amenazas que rápidamente empaquetó sus herramientas y, cogiendo el molde, se marchó de Stratford. Después, el cantero expuso su caso a personas con capacidad para aconsejarle, quienes le dijeron que no debía temer ningún castigo y que, si consideraba que podría venderlos, hiciera tantos moldes del busto como quisiera y los pusiera a la venta en cualquier lugar. El cantero siguió el consejo, realizó cuidadosamente sus reproducciones del busto en bloques de mármol negro y vendió un gran número de ellas no solo en Inglaterra, sino también en América. Debe añadirse que este cantero había destacado siempre por su extraordinaria veneración a Shakespeare, que llevó a tal extremo que llegó a asegurar al amigo —de quien luego recibí esta información— que él, que era viudo, ¡se habría vuelto a casar solo si hubiera conocido a una mujer que fuera descendiente directa de William Shakespeare!

La idea inicial de las siguientes páginas procede de la anécdota que acabo de relatar. Ahora ofrezco mi librito al público, en el que he procurado narrar una trama sencilla, escrita de forma llana y familiar, o, en otras palabras, como si estuviera contándosela a unos amigos ante la chimenea de mi casa.

Wilkie Collins

I

Oratoria para la multitud

Estaría insultando la inteligencia de los lectores si creyera necesario describirles la muy célebre ciudad de Tidbury-on-the-Marsh, puesto que: ¿quién no está familiarizado con esta elegante zona residencial de provincias? El espléndido hotel nuevo que se ha construido al lado de la vieja posada; la amplia biblioteca a la que, no satisfechos solo con sumar libros, le están añadiendo también otra puerta de entrada; el semicírculo de suntuosas moradas de estilo griego que sobresale en la cima de la colina para competir con el círculo completo de viviendas almenadas de estilo gótico al pie de esta... ¿Acaso no son estos detalles locales conocidos a la perfección por cualquier inglés avezado? Por supuesto que sí, la pregunta está de más. Entonces, pasemos, sin malgastar más tiempo, de Tidbury en general a High Street en particular, y de ahí a nuestro destino

actual: el establecimiento comercial de los señores Dunball y Dark.

Con solo mirar los líquidos coloreados, la estatua en miniatura de un caballo, los parches para los callos, las bolsas de hule, los tarros de cosméticos y los platillos de vidrio tallado llenos de pastillas expuestos en el escaparate, en un primer momento se podría imaginar que Dunball y Dark eran meros farmacéuticos. Pero, si se mira cuidadosamente a través de la entrada hacia una estancia interior, se puede observar una inscripción, un receptáculo grande y vertical de caoba, en forma de caja, con un hueco protegido por unas rejas de latón y una cortina verde preparada para correrse sobre él, y detrás del agujero, parcialmente visible, un hombre con una palita de cobre en la mano para recoger el dinero. Estos datos deberían bastar para informar de que Dunball y Dark no solo eran farmacéuticos, sino que también eran banqueros.

La mañana es tormentosa y con viento de finales de noviembre. Dunball —en ausencia de Dark, que ha ido a dar un discurso a la reunión de la sacristía— se ha metido en el habitáculo de caoba y ha tomado las riendas de todos los negocios y de la dirección de la sucursal bancaria. Dunball es un hombre muy gordo y se le ve absurdamente grande en el espacio donde ahora se encuentra. Hasta el momento ni un solo cliente ha solicitado dinero ni

ha ido a cotillear siquiera con el banquero a través de las rejas de latón de su cárcel comercial. Dunball se sienta ahí, mirando fijamente y con calma hacia la calle a través de la parte del local dedicada a la farmacia. El oro está en un cajón; los billetes, en otro; los codos, sobre el libro de cuentas; y la palita de cobre, bajo el pulgar. Dunball es la imagen de la adinerada soledad. El ermitaño de las finanzas británicas.

En la parte exterior de la tienda está el joven ayudante, preparado para medicar al público en un santiamén. Pero Tidbury-on-the-Marsh es un lugar saludable y poco rentable, y no acude nadie. Cuando el joven ayudante ya ha averiguado por el reloj de la tienda que son las diez y cuarto, y por la veleta de enfrente que sopla viento de sur-suroeste, ha agotado todas las fuentes de diversión externas y se ve obligado a entretenerse con otros quehaceres: primero, afilando su navaja, y, después, cortándose las uñas. Ha terminado con la mano izquierda y acaba de comenzar con el pulgar de la derecha cuando, ¡al fin!, un cliente oscurece la entrada de la tienda.

Dunball se sobresalta y empuña la palita de cobre. El joven ayudante cierra su navaja rápidamente y hace una reverencia. El cliente es una joven y ha venido a comprar un bote de pomada labial.

La joven viste discretamente y con esmero, aparenta unos dieciocho o diecinueve años y tiene algo

en la cara que solo lo puedo calificar con el epíteto de adorable. Hay una belleza pura e inocente en su frente y en sus ojos —que tienen una expresión alegre, amable y tranquila cuando te miran— y, al hablar, hay en sus claras palabras un curioso sonido familiar que te hacen imaginar —a pesar de ser un extraño— que debes haberla conocido y amado hace tiempo y que de alguna manera te has ingratamente olvidado de ella en ese lapso de tiempo. Sin embargo, mezclado con la dulzura y la inocencia de niña que constituyen su encanto más relevante, hay un aire de firmeza —especialmente evidente en la expresión de sus labios— que le da cierto carácter y originalidad a su cara. Su figura...

Me detengo en su figura. Desde luego no por falta de frases para describirla, sino por una desalentadora convicción de que cualquier descripción no podría en lo más mínimo producir el efecto apropiado en la imaginación ajena. Si me preguntaran en qué esfuerzos literarios es más patente la escasez de recursos expresivos, respondería que en las descripciones de las heroínas. Hemos leído cientos de descripciones, algunas de ellas tan bellamente acabadas y precisas que no solo nos informan de los ojos de la dama, las cejas, la nariz, las mejillas, el cutis, la boca, los dientes, el cuello, las orejas, la cabeza, el cabello y la forma de vestir, sino que incluso nos familiarizan con la determinada manera

en que los sentimientos en el interior del pecho lo hacen jadear o lo inflaman externamente; además de mostrarnos la exacta posición del rostro en el que había unas pestañas lo bastante largas como para proyectar una sombra sobre las mejillas. Hemos leído todo esto atentamente y con admiración, tal como se merece, y aun así nos hemos levantado de la lectura sin habernos aproximado ni remotamente a una imagen del tipo de mujer que es la heroína. Al principio de la descripción, vagamente sabíamos que era guapa, y, al final, lo sabemos con igual abundancia de detalles como de manera igualmente imprecisa.

Convencido de lo que acabo de exponer, prefiero dejar que el lector se forme su propia imagen de la apariencia de la cliente del establecimiento de Dunball y Dark. Eludiendo las magníficas bellezas de su conocimiento, prefiero que el lector la imagine como cualquier mujer guapa e inteligente a la que conozca, cualquiera de esos agradables angelitos del hogar que pueden cautivarnos incluso con una túnica mañanera de lana merina, mientras zurcen un par de calcetines viejos. Este es el tipo de realidad femenina que hay en la mente del lector, y ni el autor ni la heroína deberían tener ninguna razón para quejarse.

Ahora bien, nuestra señorita llegó al mostrador y pidió la pomada labial. El ayudante, vencido

rápidamente por el poderoso encanto de tal presencia, le rindió el primer pequeño homenaje de cortesía que tenía al alcance al pedir permiso para mandarle el recipiente a casa.

—Perdone, señorita —le dijo—, pero creo que vive más abajo, en esta calle, en el número 12. Ayer andaba por ahí y creo que la vi dirigirse hacia esa casa con un señor mayor y otro caballero, ¿estoy en lo cierto, señorita?

—Sí, vivimos en el número 12 —dijo la joven—, pero, si no le importa, me llevaré la pomada a casa. Mas tengo otro favor que pedirle antes de irme —continuó ella de forma recatada, pero sin la más ligera muestra de timidez—. Mi abuelo, el señor Wray, le agradecería muchísimo que colgara esto en su escaparate, si cabe.

Y, entonces, ante el asombro más absoluto del joven ayudante, le entregó un cartel —con una cuerda para colgarlo— en el que, con letra clara, se leía el siguiente texto:

«Don Reuben Wray, discípulo del famoso y recordado señor don John Kemble, informa respetuosamente, tanto a sus amigos como al público en general, de que imparte lecciones de oratoria, dicción y lectura en voz alta. Precio: dos chelines y seis peniques la hora. Para los alumnos que se preparen para hablar en público o para funciones teatrales de aficionados, basándose en un método que combina

la interpretación inteligente del texto con el movimiento de brazos y piernas, según las enseñanzas del ilustre Sexto Roscio del teatro inglés, el finado señor J. Kemble, estudiado atentamente y observado muy de cerca por el propio señor R. W. Para los oradores y los sacerdotes que quieran mejorar su expresión (con la más estricta confidencialidad), tres chelines y seis peniques la clase de una hora. Se combaten y se eliminan tartamudeos y vacilaciones en la pronunciación. Se enseña a las señoritas las virtudes del buen hablar en público, y a los jóvenes caballeros, la dicción más apropiada. Se hace un descuento a grupos escolares y grupos numerosos. Por favor, diríjanse al señor Reuben Wray (antiguo actor del Teatro Real, Drury Lane), High Street, número 12, en Tidbury-on-the-Marsh.»

Ninguna inscripción babilónica que se haya grabado nunca ni ningún papiro manuscrito que se haya escrito jamás podrían haber desconcertado tanto al joven ayudante como este singular anuncio. Lo leyó todo en estado de estupefacción y, después, observó con aire perplejo a la joven al otro lado del mostrador:

—Muy bien escrito, señorita, muy bien redactado, desde luego. Creo, de hecho, estoy seguro de que el señor Dunball...

Entonces, se oyó un crujido, como si alguna construcción de madera sólida se rasgara poco a poco

y se hiciera pedazos. Era el propio Dunball que se abría paso al exterior del habitáculo de la sucursal bancaria para acercarse a examinar el anuncio.

Lo leyó todo muy atentamente, siguiendo cada línea con el índice y, después, con amabilidad y cautela, dejó el cartel en el mostrador. Si digo que ni Dunball ni su ayudante estaban muy seguros de lo que significaba «Sexto Roscio del teatro inglés» o qué rama del talento humano proponían enseñar en ese curso de «oratoria», no estoy cometiendo ninguna injusticia contra el hombre mayor ni contra el joven.

—Así que, ¿quiere que lo ponga en el escaparate, queri... en el escaparate, señorita? —preguntó el señor Dunball. Había estado a punto de llamarla «querida», pero algo en la mirada y en la actitud de la chica lo detuvo.

—Si no tiene inconveniente en colgarlo, señor.

—¿Puedo preguntarle su nombre y de dónde viene?

—Me llamo Annie Wray, y el último lugar donde hemos estado es Stratford-upon-Avon.

—¡Ah!, por supuesto, y el señor Wray enseña, ¿verdad?, oratoria por media corona, ¿eh?

—Mi abuelo solo desea que los habitantes de este lugar sepan que él puede enseñar a aquellos que quieran hablar o leer bien en público y tener una pronunciación adecuada.

Dunball se quedó bastante perplejo por la franqueza y serenidad con que la pequeña Annie Wray le había respondido a él, banquero, farmacéutico y toda una autoridad municipal. Tomó el anuncio de nuevo y se fue a leerlo una segunda vez en el solemne y monetario aislamiento de la trastienda.

El joven ayudante lo siguió.

—Creo que es gente respetable, señor —le dijo en un susurro—. Ayer, cuando el anciano entró en el número 12, yo andaba por ahí. El viento le movió parte de la capa y vi que llevaba una gran caja de caudales debajo de ella. Se lo aseguro, señor, y, además, me pareció pesada.

—¡Una caja de caudales! —exclamó Dunball—. ¿Para qué necesita un hombre con una caja de caudales la oratoria, y a dos chelines y seis peniques la hora? Me imagino que será un estafador.

—No puede serlo, señor, ¡mire a la señorita! Además, la gente del número 12 me ha dicho que él tenía referencias y que pagó una semana de alquiler por adelantado.

—¿De verdad...? Quiero decir, ¿estás seguro de que llevaba una caja?

—Seguro, señor. Supongo que tendrá dinero dentro, ¿no?

—¿Para qué se usa una caja de caudales si no es para guardar el dinero? —dijo el banquero con

desprecio—. Aun así, parece bastante raro... Espera: puede que sea una apuesta. He oído que hay caballeros que llegan a hacer cosas raras por las apuestas. O quizás esté chiflado. Bueno, ella es una chica agradable y colgar esto no puede hacer ningún daño. Aunque indagaré sobre ellos y sobre toda esta historia.

El señor Dunball frunció pomposamente el ceño mientras pronunciaba esto último con prudente determinación y volvió sin prisas a la parte de la farmacia. Sin embargo, como no tenía tan mal humor como él mismo se imaginaba, a pesar de su seriedad y desconfianza, sonrió de manera mucho más cordial de lo que se proponía cuando se dirigió a la pequeña Annie Wray.

—Aunque está fuera de nuestro proceder habitual —le dijo—, le haremos el favor y colgaremos el cartel. Claro que, si quisiera referencias, ¿me las podría facilitar? Ahí, sí, sí, por supuesto... Ahí tiene su cartel en el escaparate, en un lugar destacado, fíjese cuando salga, justo entre la hilera de los parches para callos y la adormidera en polvo. Le deseo al señor Wray éxito, aunque creo que Tidbury no es el tipo de lugar para enseñar lo que ustedes llaman «oratoria», ¿verdad?

—Gracias, señor, y buenos días —dijo Annie. Y se marchó de la tienda tan tranquilamente como había entrado.

—Una chica serena —dijo Dunball, observándola mientras caminaba calle abajo hasta el número 12.

«Y también guapa», pensó el ayudante, siguiéndola, como hacía su jefe, desde la ventana.

—Debería ir a conocer al señor Wray —dijo Dunball, girándose hacia la tienda cuando Annie hubo desaparecido—. Y daría algo por descubrir lo que Wray guarda en su caja de caudales —continuó el banquero-farmacéutico mientras volvía a entrar con aire pensativo en el arca de caoba dineraria que había en la parte de atrás del establecimiento.

Dunball, usted es hombre sabio, pero no podrá resolver estos dos misterios con rapidez sentado y solo en esa garita de la sucursal bancaria. ¿Alguien puede resolverlos? Yo puedo.

¿Quién es Wray y qué tiene guardado en esa caja de caudales? Vayan al número 12 y lo verán.